

EL HOMBRE MÁS SOLO DEL MUNDO.

JUAN CÁNOVAS.

El hombre más solo del mundo se halla en ocasiones rodeado de gente, pero igual le daría hallarse rodeado de agua (como la isla que en realidad es), porque eso no le hace sentirse menos solo (ni estarlo).

El hombre más solo del mundo no tiene amigos, ni familiares, ni pareja, ni devaneos amorosos, ni compañeros de trabajo, ni vecinos a los que pedir prestada la sal, ni contactos virtuales en la red, ni siquiera una ínfima mascota animal o vegetal que llevarse al regazo o al olfato. Hace tiempo que dejó de relacionarse normalmente con sus semejantes, de establecer vínculos estables y mutuamente satisfactorios con el resto de seres humanos de su entorno. Deambula, errático y taciturno, por la populosa metrópoli como un alma en pena, como un náufrago varado en su recóndito e inaccesible mar de soledad. No conoce a nadie y nadie le conoce. Nadie se preocupa por él, ni él tiene tampoco a nadie por quien preocuparse. Nadie se fija en esa esquiva y errabunda sombra que se desliza imperceptiblemente por el resbaladizo pavimento de la vida como un reguero de olvido. O de desmemoria. El hombre más solo del mundo no existe para el mundo. El hombre más solo del mundo vive recluido en el mundo más solo del hombre.

Como jamás recibe cartas ni postales amigas, el hombre más solo del mundo abre con avidez el buzón de su casa y recoge con dedos temblorosos y lee con fruición desmedida todo el molesto y aséptico tonelaje diario de papel que los demás detestamos encontrar en las fauces de ese pequeño receptáculo y solemos depositar

rápidamente y sin contemplaciones en el cubo de la basura: la ingente y variopinta propaganda publicitaria sobre los temas y productos más peregrinos e insulsos, los *ofertones* de reclamo de las Grandes Áreas, la correspondencia comercial, las facturas de las compañías de suministros, las tarjetas de visita de las inmobiliarias interesadas en adquirir y especular con nuestra vivienda, las tentadoras ofertas de ampliación de crédito de las entidades bancarias, las letras del último préstamo personal que nos permitió comprarnos el último, carísimo e innecesario capricho en el teletienda.

El hombre más solo del mundo, al igual que aquel *coronel* de García Márquez, tampoco tiene quien le escriba. Así que se pasa el año en vilo aguardando el *christmas* navideño y la tarjeta de felicitación personal que, por su aniversario, le hace llegar puntualmente El Corte Inglés (al igual que al resto de su clientela, aunque el hombre más solo del mundo prefiere fantasear y tomarse estos envíos como una muestra de genuino y exclusivo afecto de esa corporación hacia su persona).

Cada vez que suena el teléfono y un teleoperador (mejor si se trata de una teleoperadora) pregunta por él, al hombre más solo del mundo se le desboca el pulso, no cabe en sí de gozo y atiende con agradecida e infinita paciencia la continua avalancha de nuevas ofertas tecnológicas en el campo de la comunicación y el entretenimiento domésticos (que son tantas megas, a ver si te enteras), con tal de escuchar durante un rato una voz presuntamente amiga al otro lado del hilo telefónico que le habla con dulzura (aunque sea mercadotécnica). Lo mismo le pasa cuando suena el teléfono y un encuestador (mejor si se trata de una encuestadora) recaba su inestimable opinión sobre tal o cual insustancial asunto. El hombre más solo del mundo suele entusiasmarse tanto con este tipo de llamadas que, al contrario de lo que ocurre con el resto de abonados que solemos colgar el auricular a las

primeras de cambio (hartos como estamos de que nos acosen a todas horas los psicópatas de la venta por teléfono), en su caso han de ser siempre las personas que han cometido la insensatez comercial de llamarlo las que han de insistir en dar por concluida la comunicación después de agradecerle encarecidamente una y otra vez su entusiasta (e incansable) colaboración.

En las épocas en las que (muy de tanto en tanto) flaquean esta clase de llamadas, el hombre más solo del mundo entra en crisis y comienza a llamar compulsivamente a los teléfonos de información telefónica y a los de información ciudadana, a los teléfonos de la sección de contactos del periódico, a los teléfonos eróticos, llama aleatoria y frenéticamente a cualquier número telefónico impreso en las páginas amarillas o en las páginas blancas o en las páginas de cualquier otro color que incluyan algún tipo de clasificación de ristras telefónicas, llama a su médico de cabecera, a los programas de radio, a los multicines, a los teatros, a la charcutería de la esquina, llama a los restaurantes para reservar mesa, llama a los restaurantes para anular las reservas, llama a los hospitales para preguntar si ha ingresado de urgencias algún familiar accidentado imaginario, llama a su Compañía Telefónica para protestar por las abultadas (e inexplicables) facturaciones que le cargan en su cuenta, llama a los bomberos, a la policía, a los programas de televisión de máxima audiencia con la esperanza de ganar alguno de esos aburridos concursos televisivos y de que el telegénico presentador (mejor si se trata de una telegénica presentadora) acabe por devolverle la llamada para comunicarle personalmente el premio, llama incluso a los teléfonos de atención al cliente en los que ha de soportar estoicamente todos esos enervantes menús de información opcional robotizada y pulsar o pronunciar hasta el hartazgo toda una recua pitagórica de guarismos hasta que, por fin, obtiene el ansiado y merecido premio y un operador (mejor si se trata de una

operadora) se presenta por su nombre de pila y le pregunta amablemente en qué puede atenderlo. Hasta ha contratado uno de esos servicios de *teleasistencia* de pago para que le llamen por teléfono cada mañana y le pregunten con afabilidad geriátrica qué tal se encuentra hoy (al *teléfono de la esperanza* aún no ha llamado para seguir así teniendo la esperanza de llamar algún día).

El hombre más solo del mundo recibe tan pocas visitas, que debe de ser el único morador del planeta en posesión de sus facultades físicas y mentales que se alegra sincera y demostrativamente cuando una pareja de Testigos de Jehová (mejor si se trata de un par de *Testigas*, que Jehová le perdone su preferencia sexista) llama a su eremita puerta para cumplir con su misión evangelizadora a domicilio. O cuando su agente del Círculo de Lectores (mejor si se trata de una *agente*) le lleva la revista o su pedido bimestral de libros. O cuando los vendedores de seguros (mejor si se trata de vendedoras) le *aseguran* un ratito de conversación y compañía. O cuando un repartidor de pitanza a domicilio (mejor si se trata de una repartidora) le trae la pizza con ración doble de queso que ha encargado por teléfono. El hombre más solo del mundo estaría encantado de abrirles de par en par las puertas de su hogar anacoreta incluso a los rateros (mejor si se tratase de rateras) con tal de que, además de arramblar con todos sus enseres y objetos de valor, tuvieran la delicadeza *latrocinia* de robarle también una pequeña fracción de su tedioso y vacío tiempo.

Al hombre más solo del mundo no hace falta que lo aborden descaradamente por la calle los encuestadores pelmazos, los recogedores de firmas, los políticos en campaña electoral de besuqueos y apretones de manos, los reporteros de televisión, los indigentes pedigüños, los recaudadores oncológicos, los trenes humanos de lavado apostados en los semáforos o los malabaristas sin circo fijo, que ya se encarga

él de abordarlos descaradamente a todos ellos (mejor si se trata de ellas) con tal de arañar unos pocos minutos de conversación callejera.

El hombre más solo del mundo se siente un poco menos solo cuando escucha la voz androide de todas esas máquinas dispensadoras parlantes (como las de los parquímetros o las de las gasolineras) que parecen dirigirle expresamente a él sus instructivos mensajes, o aquella otra que va anunciando las próximas paradas con sus correspondientes enlaces en los trayectos de tren y metro, o la del sonsonete cronometrador de la información telefónica horaria, o incluso la voz de los buzones de voz de sus propios teléfonos personales aunque no halle nunca otro mensaje que ése que le informa, triste e invariablemente, que no tiene mensajes.

En ocasiones él mismo se deja mensajes grabados en el contestador de su casa impostando la voz y fingiendo ser un amigo que le invita a salir, o una antigua novia que lo echa de menos y le implora una cita, o el relaciones públicas de una importante agencia de viajes que le comunica que ha sido el afortunado ganador de un magnífico y suntuoso crucero por los Mares del Sur. O se autoenvía por correo ordinario largas y emotivas misivas de amor que él mismo redacta, o coloridas postales de lugares exóticos y remotos firmadas por remitentes tan fascinantes y misteriosos como absolutamente inexistentes.

El hombre más solo del mundo participa con denuedo en todos los *reality show* televisivos votando con montones de *sms* para sentirse partícipe de algún trascendente logro colectivo como salvar a Chenoa o echar a Pocholo. Y su solitario y anquilosado corazón le da un cordial vuelco cada vez que su terminal le avisa de la recepción de algún mensaje escrito, aunque se trate siempre e indefectiblemente de la última oferta publicitaria de su operador de telefonía móvil.

A veces siente que ya no puede soportar por más tiempo seguir siendo el hombre más solo del mundo, y le acomete entonces la perentoria necesidad de recuperar el tiempo misántropo y de estar a todas horas rodeado de gente, y se pasa el día entero recorriendo en autobús todas las líneas de su ciudad y agotando hasta la extenuación la paciencia auditiva de todos los chóferes de la empresa municipal de transporte con su cháchara cansina e inconexa. O va de taxi en taxi pagando carreras a trochemoche para poder hablar por los descosidos con los estupefactos y sufridos taxistas. O cambia constantemente de corte de pelo, yendo de barbería en barbería, a la búsqueda y captura del munífico y terapéutico palique de los figaros. O acude a su centro ambulatorio de atención primaria para que le atiendan primariamente de lo que sea. O se va al cine. O al teatro. O al fútbol. O a un concierto multitudinario. O a misa de doce. O a la biblioteca. O al mercado. O se une a la primera manifestación que pasa por su calle. O se compra una litrona y se apunta al botellón. O se cuele en las bodas. O en los bautizos. O en los funerales. O en las comuniones (aún a riesgo de recibir él también una hostia, pero no de pan ácimo). O se planta en la terminal de ferrocarril o de aeropuerto a observar, como un hierático entomólogo, el fragoroso e incesante hormiguelo de viajeros yendo y viniendo, facturando y recogiendo equipajes, reencontrándose efusivamente con sus seres queridos (que nunca son los seres queridos del hombre más solo del mundo). Y escucha una y otra vez con una creciente y ofuscadora sensación de irrealidad la voz amplificadora y reverberada que anuncia por los altavoces, tras las tres notas musicales de rigor, las próximas salidas de los trenes y aviones a los que él nunca subirá, los sugestivos y fascinadores destinos que él jamás visitará, y se siente cada vez más solo entre la nutrida y presurosa multitud que pasa por su lado sin advertir su presencia, sin mirarlo siquiera, como si el hombre más solo del mundo fuera también el hombre más

invisible del mundo y, en vez de carne y hueso, estuviera hecho de fantasmagórico e inaprensible aire.

Tras estos febriles episodios de gregarismo frustrado, el hombre más solo del mundo regresa exhausto a su guarida de inveterado ermitaño, recoge la papelería acumulada en su buzón, pide por teléfono que le lleven a domicilio una copiosa cena de comida china, se desmadeja en el sofá para visionar su programa de telebasura favorito con el móvil en la mano dispuesto a colapsar los repetidores de telefonía móvil con sus votos por *sms*, y piensa que más tarde, mucho más tarde, cuando le tiente de nuevo la desesperación más absoluta y se convierta otra noche más en el hombre más insomne y desesperado del mundo y esté nuevamente en un tris de cortarse las venas o de ingerir una dosis masiva de somníferos, quizás esta vez se decida a llamar por fin al *teléfono de la esperanza* con la esperanza de ser atendido por algún joven y simpático voluntario (mejor si se trata de alguna joven y simpática voluntaria) que se avenga a hacerle de buen samaritano.